

Política y Sociedad

ISSN: 1130-8001

ISSN-e: 1988-3129

EDICIONES
COMPLUTENSE<http://dx.doi.org/10.5209/POSO.61446>

Mazower, M. (2018): *Gobernar el mundo. Historia de una idea desde 1815*. Traducción de Daniel Esteban Sanzol [(2012): *Governing the World*, N. York, Penguin], ed. Valencia, Barlin Libros, 570 pp.

El internacionalismo como cooperación organizada entre los países se presenta como la fórmula para superar el Estado hobbesiano de caos y guerra entre las naciones. Frente a dos propuestas extremas, de un gobierno total y de una falta total de gobierno, esta forma intermedia de internacionalismo, levemente modificada por la existencia de instituciones internacionales, domina en el mundo occidental durante casi dos siglos y, aunque con múltiples grietas, sigue aún vigente.

Mazower traza en este libro la historia intelectual del internacionalismo, la compleja relación entre ideas y poder, con sus aparentes paradojas, contradicciones e interrelaciones, continuando la ya larga e influyente línea de toda su obra y, especialmente, la de su estudio sobre el nacimiento de las Naciones Unidas (Mazower 2009). Escrito en el lenguaje claro y crítico que le caracteriza, conservado en la ágil traducción, el libro es rico en referencias y complejo en su desarrollo, con un análisis que combina el estudio de las corrientes filosóficas y políticas con el de las relaciones de poder, internacionales e internas a los Estados, así como el del papel que en todo el proceso juegan las instituciones, los movimientos sociales y, sobre todo, las élites y los individuos concretos, cuyas biografías, entrecruzadas en muchas ocasiones, son fundamentales a la hora de dar forma a las instituciones internacionales.

La obra está dividida en dos partes claramente diferenciadas, en contenido y estilo. La primera, “La era del internacionalismo”, se centra en el periodo comprendido entre el Congreso de Viena de 1815 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial. La segunda, “Gobernar el mundo a la americana” analiza el papel de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales hasta la actualidad.

Cuatro son las vertientes fundamentales de la primera etapa del internacionalismo: el movimiento pacifista, la defensa del librecambio, la de la nacionalidad como internacionalismo y la respuesta comunista. Mazower las estudia en una rica exposición que teje críticamente el análisis ideológico con el de las trayectorias biográficas y el de los múltiples lazos que se establecen entre individuos, movimientos, organizaciones y poderes. Destaca su exposición sobre el movimiento pacifista, vinculado a los disidentes ingleses y el cristianismo

evangélico, que logra la condena del tráfico de esclavos en París en 1815, y al año siguiente funda la Sociedad Americana por la Paz, con sus redes locales. El movimiento y las biografías de algunos de sus líderes, como Elihu Burritt, iluminan aspectos menos conocidos sobre su influencia en la esfera política y en la opinión pública, así como su papel en el establecimiento de lazos de cooperación trasatlántica.

Tanto el movimiento pacifista, como la ideología librecambista de R. Cobden, la defensa mazziniana del nacionalismo como vía para la paz internacional y la del internacionalismo comunista de Marx comparten rasgos similares: todos tienden a obviar los obstáculos políticos y los desafíos que supone el potencial del Estado moderno, la tenacidad de la diplomacia y el carácter beligerante del nacionalismo. Y todos chocan y se agrietan con la crisis, iniciada en Crimea (1854-56) y continuada en las décadas siguientes. Una crisis que se traduce en una consolidación del nacionalismo y del poder interno de los Estados europeos, así como en la formulación de una nueva vía de pensamiento y acción internacionalista, más pragmática, que reconoce la persistencia del conflicto y que conducirá a la formación, por primera vez de manera metódica, de instituciones internacionales.

Son esas mismas guerras que marcan el fin del movimiento pacifista las que abren el camino al dominio de la ley en el ámbito internacional. En 1863 se funda la Cruz Roja, al año siguiente se celebra la primera Convención de Ginebra —que ya no trata de suprimir la guerra sino de regular jurídicamente las conductas bélicas— y en 1873 se funda en Gante el Instituto de Derecho Internacional. Todo ello dentro de la convicción de la superioridad de la civilización y de la misión civilizadora de Europa, afirmada en la conferencia de Berlín de 1884-5, que da un sello de legitimidad al dominio sobre los africanos. La idea de que una sociedad internacional de naciones “tiene la obligación de cuidar de sus miembros más débiles, lo quieran estos o no” se va abriendo camino (:112). Al igual que lo va haciendo la idea, ya presente en utilitaristas y saintsimonianos, de que la ciencia (estadística, ingeniería, geografía, salud pública, etc.) y la organización son principios para un gobierno internacional. Mazower estudia, con gran riqueza de datos, la formación de comunidades científicas a lo largo del mundo, la proliferación de las propuestas de estandarización: patrón oro, normalización de pesos y medidas, del tiempo, de las nomenclaturas médicas (en 1851 se celebra la primera Conferencia Sanitaria Internacional), creación de un lenguaje universal, como el esperanto, etc. Para principios del siglo XX, el internacionalismo técnico y científico está en su apogeo. Este es el contexto en que estalla la Primera Guerra Mundial y en el que nace la Sociedad de Naciones (SN), una extensión, bajo el manto del universalismo, de los imperios británico y francés, sobre cuyos fallos, fundamentalmente en el terreno político, y también sus logros, especialmente en el campo humanitario y de cooperación internacional, insiste el autor. Muy interesante es su análisis del establecimiento y desarrollo del sistema de mandatos y sus paradojas ya que, aunque para algunos lo único que hicieron fue legitimar el orden colonial existente, es posible, según Mazower, que al establecer el principio de supervisión internacional se allanara “el camino para el proceso descolonizador de la posguerra” (:228).

La segunda parte del libro estudia la trayectoria de la gobernanza y el internacionalismo a partir de la Segunda Guerra Mundial, con un énfasis en la política exterior estadounidense y sus cambiantes intereses. Estudia Mazower cómo, al permitir que los EE. UU. combinaran excepcionalismo y universalismo, la ONU y sus agencias dotaron a las políticas americanas de legitimidad y alcance con un coste mínimo. Aunque las relaciones no fueron lineales: a una fase de cooperación en el fomento al desarrollo en los años 60 sigue otra de oposición, cuando los procesos de descolonización y las demandas de un nuevo orden económico internacional por parte del Sur, aparte de los efectos de la guerra de Vietnam y otros factores, como el crecimiento de la Comunidad Europea, serían confrontadas con la promoción de la liberalización financiera y la creación de instituciones como el GATT, el FMI o el Banco Mundial, a las que se entregaría el control de la coordinación internacional. Una vez que agencias como la UNCTAD e incluso a la propia ONU quedaron marginadas, los EE. UU. saldrían de la oposición (:403).

Estos son también años de avance hacia los derechos humanos, que en los años 50 habían quedado subsumidos en la lucha anticolonial, y de aparición simultánea de un nuevo tipo de actor en la escena internacional: las organizaciones no gubernamentales, a cuyos orígenes y proceso de crecimiento, financiación y relaciones con el poder —y cómo este las margina o apoya según sean sus propios intereses—, el autor dedica páginas de lectura imprescindible. Al igual que lo son los últimos capítulos que estudian el “auténtico nuevo orden económico internacional” y analizan, dentro de la expansión sin precedentes de las competencias de la ONU en el ámbito humanitario, las operaciones de pacificación, las actuaciones de la Corte Penal Internacional (CPI) y, sobre todo, la doctrina de la Responsabilidad de Proteger (R2P) . Aquí el tono del texto se hace aún más crítico y se carga de urgencia y signos de alerta, advirtiendo cómo estas nuevas formas han sido utilizadas por las grandes potencias que, sin aplicarse esas mismas reglas y recurriendo a un lenguaje legal y de moralismo universal, han intervenido en las políticas internas de otros Estados más débiles. Desde una perspectiva histórica, dice Mazower: “A nada se asemeja tanto la R2P como al retorno de la misión civilizadora y las intervenciones ‘humanitarias’ del siglo XIX en lugares como China o el Imperio otomano” (:497).

Uno de los riesgos es la erosión del control democrático y de las instituciones políticas nacionales por parte de unas organizaciones internacionales cuya autoridad descansa en sus conocimientos y experiencia, teóricamente neutrales, que recurren de modo creciente a innovaciones tecnológicas que multiplican las paradojas del nuevo humanitarismo, y que más que reforzar la soberanía, la debilitan, lo que supone un cambio trascendental (:528). A todo ello hay que añadir el declive del dominio occidental, y la deriva hacia una relación de fuerzas global mucho más compleja. Una situación cargada de preguntas, que este libro plantea clara y críticamente; contesta a algunas y abre la reflexión sobre la dirección hacia la que se han de dirigir unas respuestas cada día más urgentes.

Bibliografía

Mazower, Mark (2009): *No enchanted Palace. The End of Empire and the Ideological Origins of the United Nations*. [Penguin Press, New York, 2008] ed. Woodstock, New Jersey, Princeton University Press.

Carmen López Alonso
Universidad Complutense de Madrid, España
clopezal@cps.ucm.es